

## ALFREDO CHAVERO

Originario de la ciudad de México, en la cual nació el 10. de febrero de 1841 y falleció el 24 de octubre de 1906.

Polígrafo muy destacado, nos dejó trabajos bibliográficos de mérito como los contenidos en *Apuntes viejos de bibliografía mexicana* publicados entre 1903 y 1907 referentes a Motolinía, Mendieta, Sahagún, Betancourt, Morfi, Vega, Tovar y Veytia; varios estudios biográficos en torno a Sahagún, Sigüenza y Góngora, Boturini, Veytia, Vega Muñoz y Camargo, Ixtlilxóchitl, Tovar, Fray Marcos de Niza y la monografía de Tenochtitlan, recogidos éstos en un volumen titulado *Obras. Escritos diversos*, publicados por Agüeros en 1904; escribió el volumen relativo al México prehispánico en *México a través de los siglos; Pinturas jeroglíficas* (1901); *Los signos de los días* (1902).

Editó las obras de Alva Ixtlilxóchitl en 1891 y las de Fray Diego Durán.

Incurrió en el teatro con piezas tituladas: *Bienaventurados los que esperan* (1877), *El autor de su desdicha*, *El huracán de un beso* (1886), *Quien más grita más puede* (1877); *Quetzalcóatl, ensayo trágico* (1877), *Xóchitl* (drama) (1877), *El valle de lágrimas* (drama social) (1877), *Los amores de Alarcón* (1879) y otras más en la novela.

Una biografía sucinta de él escribió Nicolás León como prólogo a sus *Obras, Escritos diversos*, México, Tip. de Victoriano Agüeros, Edit., 1904, XXV-[2]-464 p. ils., (Biblioteca de Autores Mexicanos 51). También se han referido a su biobibliografía: Joaquín D. Casasús, *En honor de los muertos*, 2 v. México, Imp. de Ignacio Escalante, 1911-13; José F. Godoy en su *Enciclopedia biográfica de contemporáneos* ya mencionada; Juan B. Iguíniz en la *Bibliografía de novelistas mexicanos...*; el propio Iguíniz y Nicolás León en *Ex-libris de bibliófilos mexicanos*, México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, sobre el retiro de *Anales del Museo Nacional*, 3a., ép., t. 5, p. 65-124; Vicente Riva Palacio en *Los Ceros. Galería de contemporáneos por Cero*, México, Imp. de F. Díaz de León, Edit., 1882, 270 p. ils.; Juan A. Mateos, *Alfredo Chavero* en *2a. Conferencia Panamericana. Crónica social*, México, F. Laso y Cía. Imps., 1901, 379 p. ils.; Frederick Starr, *Readings from modern mexican authors*, Chicago, The Open Court Publishing Co., 1904, [2]-VII-420 p. ils.; y también en el libro *Los contemporáneos. Datos para la biografía de algunos mexicanos distinguidos en las ciencias, en las letras y en las artes*. México, Imp. de Gonzalo A. Esteva, 1884, XI-386-[2] p. Más recientemente Jorge Gurriá Lacroix escribió: *Alfredo Chavero: estudio historiográfico de su historia, La Conquista*,

*Tomo I de México a través de los siglos publicado bajo la dirección de Vicente Riva Palacio. México, Herber, 1952, 16 p.*

Fuente: Alfredo Chavero. *Historia Antigua y de la Conquista*, en Riva Palacio, Vicente et al, *México a través de los Siglos*, 5 v, v. I. México, Ballecá y Cía. Editores, 1884-1892. I-579-582.

#### EL CALMECAC

Trata Sahagún de cómo los señores y principales y gente de tono ofrecían sus hijos a la casa que llamaban Calmecac. En la plática que hacía el padre al sacerdote tlamacazqui para entregarle su hijo, hay las siguientes frases notables: "Ofrecémoslo al señor Quetzalcoatl, por otro nombre Tilpotonqui, para entrar en la casa del Calmecac, que es la casa de penitencia y lágrimas, donde se crían los señores nobles... Desde ahora, pues, le ofrecemos para que llegando a edad conveniente, entre y viva en casa de nuestro señor, donde se crían y doctrinan los señores nobles..." Era, pues, el Calmecac para los mancebos de las clases privilegiadas, lo que prueba la existencia de esas clases. Nota el señor Orozco que en el Calmecac había dos géneros de educandos, los que seguían la carrera sacerdotal y los que sólo recibían la enseñanza religiosa y civil y salían después para casarse.

En todo lo que se refiere a las costumbres religiosas de los mexica y a su clase sacerdotal, tenemos que recurrir como origen de la civilización del Sur en donde nació el culto, recordando que de Teotihuacan lo recibieron los toltecas, que los quetzalcoatl lo reformaron y que de ahí pasó a los pueblos del Anáhuac. No extrañamos, pues, que Quetzalcoatl fuera la deidad del Calmecac. Así es que cuando los padres llevaban al mancebo, ofrecían copalli, maxtli, sartales de oro y plumas ricas y piedras preciosas ante el ídolo del dios, como gente que era principal y pudiente. Recibían al mancebo con músicas y cantares, y luego le teñían rostro y cuerpo de negro con el ulli sagrado. La edad para entrar en el Calmecac era generalmente a los quince años, aunque Durán se refiere a los diez y ocho.

Los jeroglíficos del código Mendocino por una parte y por otra Sahagún, nos dan buena cuenta de la educación del Calmecac y del espíritu que en ella dominaba.

En el Calmecac, casa o palacio que en Tenochtitlan estaba en el recinto del gran Teocalli, habitaban y dormían los tla-

macazque. Se levantaban antes de la aurora a barrer y limpiar sus templos y casa, en lo que de preferencia se ocupaban los educandos. Salían después éstos a traer púas de maguey para los sacrificios personales, y los más grandes leña para las hogueras que hacían en la noche. Si había que levantar o reparar un edificio o labrar los campos propios del Calmecac, íbanse a la obra todos desde el amanecer y quedaban únicamente algunos para cuidar la casa y llevar a los otros la comida. Concluido el trabajo cuando empezaba a caer la tarde, volvían al Calmecac a bañarse, y luego se ocupaban del culto y de ejercicios de penitencia. Recogíanse al principio de la noche, pero ya cerca de su mitad se levantaban los sacerdotes y educandos, los primeros a bañarse y hacer oración y los segundos para salir a hacer la ofrenda de las púas de maguey; para esto tomaba cada uno su camino a solas, y tañendo un caracol y llevando un tlemaitl o incensario salían a hacer su ofrenda a los dioses; algunos la iban a hacer hasta los montes. Ponían ante su deidad predilecta las púas de maguey hincadas en pelotas de heno, pachtli, y tornaban tocando sus caracoles, y se volvían a acostar hasta la hora en que sale en su época la estrella de la mañana.

Si era tiempo de ayuno, ayunaban los educandos con los sacerdotes y sólo comían al mediodía; y cuando llegaba el ayuno grande, llamado atamalqualco, se alimentaban únicamente de maíz molido y agua, que tomaban o a mediodía o a medianoche. La disciplina del Calmecac era muy rigurosa; los jeroglíficos nos muestran a los sacerdotes punzando con púas de maguey al educando, para acostumbrarlo al sacrificio personal; otras veces se lo hacen como castigo por haberse quedado fuera del templo; si faltaban a la castidad o eran negligentes, ya los punzaban con estacas de pino, ya los quemaban con ocotes encendidos o los apaleaban. y era tal el rigor, que Sahagún refiere que en los casos graves llegaba la pena hasta ahorcar, asaetear o quemar vivo al delincuente. Así la clase sacerdotal condenaba y castigaba a los que le pertenecían.

Pero no se limitaba a esto la educación del Calmecac. Enseñábanles a hablar bien y a los usos de la clase a que pertenecían; les hacían aprender los cantares sagrados y las leyendas en que guardaban los recuerdos de su historia, que era la manera eficaz que tenían para transmitirla de generación en generación; adiestrándolos en la aritmética, cronología y astrología judiciaria, y como complemento los instruían en el manejo de las armas, y cuando eran de edad iban como apren-

dizaje a la guerra, llevando en la mano la lanza y a la espalda el escudo, arco, flechas y equipaje de su conductor.

En esta educación se resumía el espíritu del pueblo mexicana: *pro aris at facis certare*, pelear por su dios y por su patria.

Esta educación preparaba a la guerra y al sacerdocio: hacer hombres sufridos y acostumbrados a todas las molestias y a todos los dolores; habituarlos a un trabajo rudo y continuo y a padecer todo sufrimiento y derramar su sangre constantemente por sus dioses; instruirlos en cuanto había alcanzado aquella civilización, y como final destino hacerlos guerreros de la patria.

Esta educación fue parte muy principal de la política del sacerdote mexicana. Vimos cómo los sucesos históricos mudaron la teocracia de Tenoch en la monarquía de Acamapichtli: todavía ésta era el sacerdote Cihuacoatl. Pero lo porvenir quedaba incierto, y el sacerdocio comprendió al dejar el poder que para no perderse necesitaba organizarse y que era preciso que aquella sociedad no se le escapara de entre las manos, y así lo hizo.

Lo primero que hubo de establecerse fue la jerarquía sacerdotal. El educando que se dedicaba al sacerdocio iba pasando por los grados de tlamacazto, tlamacazqui y tlanamacac, que era ya sacerdote. Como el Calmecac estaba consagrado a Quetzalcoatl, vivían los sacerdotes en penitencia y pureza de costumbres, y su jefe tomaba el nombre de aquel dios. También de este colegio sagrado se nombraban el gran sacerdote Teotectlamacazqui, que presidía el culto de Huitzilopochtli, y el Tlaloctlamacazqui, destinado al de Tlaloc. Además, como dice Sahagún, del Calmecac salían "los señores, senadores y gente noble, los que poseen los estrados y sillas de la república y los que están en los oficios militares que tienen poder de matar y derramar sangre." En efecto los educandos que no quedaban sacerdotes, salían de ahí a los veinte años de edad para casarse, y a ellos les estaban reservados los altos puestos que de esa manera permanecían indirectamente en poder del sacerdocio.

Todo esto revela la existencia de una clase sacerdotal perfectamente organizada y la de una aristocracia civil. Pero la primera, al mismo tiempo que clase, ¿era también casta sacerdotal? ¿Podía el sacerdote contraer matrimonio y su cargo era hereditario? Si atendemos a que la organización del sacerdocio se derivó de la civilización del Sur, tendremos que contestar afirmativamente, pues en esa región hemos visto que la

suma dignidad de Ahkin pasaba a su hijo. Pero no echemos en olvido que esto se modificó en parte entre los tolteca con la reforma de Quetzalcoatl. Los que siguieron el culto del dios-estrella, ni se casaban ni siquiera conocían mujer y vivían en las mayores penalidades y sacrificándose constantemente; pero tenemos datos seguros para decir que en lo general los sacerdotes tenían familia y que por lo mismo se había formado una casta sacerdotal. Así los jeroglíficos nos presentan a la mujer de Tenoch y nos dan su nombre. Conocemos los hijos que tuvieron el sumo sacerdote Moctezuma Xocoyótzin y el gran sacerdote Cihuacoatl Tlacaelel. En cuanto a la sucesión en el cargo, debemos advertir que los mexica combinaron admirablemente las dos ideas de elección y genealogía; por esto si el tecuchtlí y su consejo elegían para las grandes dignidades sacerdotales, lo hacían en la persona heredera del sacerdote muerto, si era también sacerdote y tenía las calidades indispensables. Tenemos un importante ejemplo de esto: al fallecimiento de Tlacaelel, gran sacerdote Cihuacoatl, ocupó su lugar su hijo Tlilpotonqui. Esto basta para comprender que había una casta sacerdotal.

De esta manera el poder del sacerdote era inmenso: ya vimos cómo se había apoderado de la juventud con la educación de los mancebos de la aristocracia en el Calmecac y cómo también por este medio era dueño indirectamente de los principales cargos de Tenochtitlan. Mas para hacer más segura su fuerza, necesitaba dominar en la familia; esto lo alcanzaba educando igualmente a las doncellas de las primeras casas.

Los mancebos del Calmecac se llamaban elocatecomame, nombre que significa cabeza lisa como jícara con cerco redondo como mazorca, porque traían el cabello cortado como corona de fraile hasta media oreja; pero por detrás y como cuatro dedos de ancho lo dejaban crecer y entrenzaban, aunque otros dicen que estaban rapados.

El recogimiento de las mozas estaba también dentro del patio del gran templo en frente del de los mancebos. Recibían a estas doncellas de edad de doce o trece años, y allí vivían en castidad y recogimiento destinadas al servicio del dios. Era su ejercicio tener limpio y aderezado el templo y preparar la comida para los sacerdotes. Formaban además, para ofrenda al dios, unos panecillos con figura de pies y manos o retorcidos, y de ellos hacían grandes guisados con chile: los llamaban macpaltlaxcalli, xopaltlaxcalli y cocoltlaxcalli.

Entraban en el recogimiento rapadas de cabeza, pero ahí

se dejaban crecer el cabello. Su traje habitual era blanco y sin labores, y solamente en ciertas festividades se emplumaban las piernas y los brazos y ponían color en las mejillas. Como los mancebos, se levantaban también a medianoche a orar a sus dioses. A más, se ocupaban en el día en labrar y bordar ricas mantas para sus deidades y para los principales sacerdotes. El voto de su dedicación al templo era por un año, y en seguida que salían unas para poder casarse, entraban otras, de modo que todas las que llegaban a madres habían ido ahí a recibir la influencia sacerdotal.

Para conservar su hermosura y la belleza de sus formas no se sacrificaban con púas de maguey todo el cuerpo como los mancebos, sino solamente las puntas de las orejas, y la sangre que les salía se la untaban en las mejillas en vez de pintura, y después se bañaban para quitarse esa sangre.

En el templo había una alberca llamada Ezapán o agua del sacrificio. Alguna vez, componiendo el pavimento de la calle del Empedradillo, acercándose al extremo que da a la de Santo Domingo, se descubrió esa alberca.

Según Durán, a semejanza de este cuerpo de doncellas, había también en el templo uno de mancebos, que sólo servían por un año como aquéllas y que igualmente estaban destinados al culto de Huitzilópochtl. Unas y otros eran un número fijo, con la particularidad de que no más podían ser de seis de los calpulli que no nombra.

Parece que con éstos había más rigor, pues refiere el mismo cronista que por la menor falta a la honestidad los castigaban con la muerte, y se tenía por grave descuido de unos y otras y por injuria a su dios, la cual llamaban tetlazolmictiliztli, el encontrar en el templo un ratón, murciélago o cualquier sabandija.

Así mancebos y mozas hijos de los señores principales recibían la educación sacerdotal, y éstas adquirían ahí también las galas de su sexo aprendiendo a cantar y a danzar. Aquellos jóvenes con los cabellos cortados de manera simbólica, y aquellas niñas vestidas siempre de blanco, como traje de pureza con que se atavía la hermosura, eran todo el porvenir de la sociedad, y ese porvenir estaba en manos de los sacerdotes. Y eran ellos depositarios de las tradiciones y de los archivos, ellos comprendían los jeroglíficos y explicaban los hechos históricos, y dueños eran de los agüeros que formaban parte muy esencial de las supersticiosas creencias del hombre desde su nacimiento hasta su muerte: toda la vida les pertenecía; solamente el sepulcro podía arrebatarles su presa.